

# Función Social del Oficial



Teniente Coronel  
FABIO A. BEDOYA MORALES

Profesionalmente la carrera militar no es inferior a ninguna otra, ni puede consistir en actividades que estén desvinculadas al desarrollo cultural y económico de la nación. Un Oficial debe poseer conocimiento y experiencias que le permitan utilizar debidamente todos los medios que el Estado pone en sus manos para garantía de su defensa.

Visto por dentro el Ministerio de Defensa y estudiadas las relaciones que tiene con el resto de la Administración Pública, se ve como resumen que los intereses militares, están estrechamente vinculados a los más importantes factores de la vida nacional. La instrucción pública, la higiene, la agricultura, las vías de comunicación, las industrias, en fin cuanto significa la potencialidad del país, tiene que ser estudiado y conocido por los Oficiales, además de aquellas materias que constituyen la esencia de su preparación profesional. De ahí que los Institutos Militares estén organizados y sus pénsum abarcan un programa de materias, que deben ser estudiadas por el futuro Oficial, para cumplir así una labor más intensa que lo que incumbe a entidades de otro orden y que los grados y títulos corresponden a una verdadera jerarquía de capacidades y de servicios dentro del Ejército.

Diariamente el Oficial se enfrenta a un sinnúmero de situaciones diferentes que requieren decisiones acertadas productos de sólidos conocimientos. Se enfrenta además el Oficial a una so-

ciudad y a un pueblo cada día más exigente.

El Ejército tiene que ser una gran escuela, pero sus fines esenciales son los de mantener intangibles los derechos de la República e intacto su honor.

El Ejército puede y debe ser un insuperable modelador del carácter nacional; una escuela de energía y disciplina, virtudes que hacen no poca falta en la actividad colombiana y de las cuales depende todo nuestro porvenir. La vida fácil y desordenada puede tener atractivos para los espíritus débiles pero no es camino que lleve a la prosperidad y satisfacción personal, ni a la grandeza colectiva. Frente a ella el Ejército debe ser una escuela permanente de esfuerzo viril en que se reconozcan y acaten las jerarquías indispensables para toda organización humana de esta naturaleza y en que se desarrolle la acción basada en claras líneas de disciplina, única manera de garantizar el éxito ambicionado.

El Ejército es también el símbolo de la Unidad Nacional; a él concurren representantes de todas las regiones del país, allí se funden en noble camaradería gentes de las más diversas procedencias. Es además el guardián de una tradición de disciplina y de ética que arranca desde la independencia; núcleo vigoroso y sano de hombres consagrados por entero al servicio de la nación; el pueblo tiene en ellos toda su confianza y toda su fe.

Basado en esto se constituye en la fuerza serena, capaz de cerrar las puertas a la violencia y a la arbitrariedad y de garantizar a toda hora la paz que el pueblo colombiano necesita, quiere y respalda. Debe en síntesis ser el espejo y modelo para todas las instituciones y entidades de la nación, por lo tanto los hombres encargados de dirigirlo e instruirlo deben ser los más estudiados, los más capacitados y los mejor preparados.

En la época presente en que tanto se habla de las grandes acciones cívicas y de la socialización de la humanidad, corresponde al Oficial, médula de este Ejército, estar en permanente contacto con todo el conglomerado formado por las capas sociales que componen la nación, a fin de llevar a feliz término la meta señalada.

Desde la implantación del servicio militar obligatorio, gran número de la población del país entre los 17 y 25 años, está sometida a la influencia de la dirección militar; una buena parte de nuestros conciudadanos, recibe durante un período de su vida la impresión, la marca, por decirlo así, de un Teniente, de un Capitán o de un Coronel.

Sin embargo, parece y se puede apreciar que muchos de nuestros Oficiales no se han dado cabal cuenta de lo trascendental de esta función social que les corresponde desempeñar y aún más se palpa, por los comentarios de prensa que muy a menudo aparecen en los periódicos, que esta acción no se conoce, ni se aprecia, ni ha reper-

cutido suficientemente fuera de los círculos militares.

Nadie está mejor ubicado que el Oficial para ejercer sobre sus subalternos una acción eficaz. En contacto con ellos participa plenamente de sus trabajos, sus penas y fatigas, llegando a comprenderse plenamente uno y otro. Su ganancia no depende como la de los industriales, de la pena y esfuerzo de sus hombres. Sus intereses no se oponen sino que se asemejan. La autoridad de que está investido el Oficial se funda en la Ley, tiene sanción legal, escapa a toda discusión y a todo compromiso. Reglamentos fijos determinan el límite de sus exigencias personales. Todo concurre a poner a salvo su independencia personal y el desinterés de su acción. En consecuencia este hombre es un maravilloso agente de acción social y sin embargo, en todo se piensa, menos en el Oficial. Los que impulsan a la juventud por los caminos de la acción social no pronuncian su nombre.

¿Por qué ese olvido?

Quizá el viejo prejuicio de los inte-

lectuales contra las gentes de espada, o la leyenda tan difundida en ciertos medios, que hace de todo Oficial un Militar de salón o un "espantajo de uniforme" incapaz de toda concepción elevada en el orden intelectual y moral, leyenda que han alimentado tan ocuciosa como criminalmente la pluma y el lápiz. El Ejército parecía reservado exclusivamente a los caracteres inclinados a la actividad física y a las aventuras, más dispuestos al movimiento que al estudio, más a la acción que a la reflexión, olvidando premeditada e injustamente a todos aquellos antepasados ilustres que a la par que esgrimieron noblemente la espada en el combate, legaron a la posteridad escritos inolvidables que enorgullecen las páginas de nuestra literatura y estudios juiciosos que han copado la atención de políticos, intelectuales y tecnócratas. Tenemos que admitir que no la totalidad de los Oficiales del Ejército pueda descollar en el ámbito nacional, así como tampoco el resto de profesiones pueden presentar porcentajes muy altos de sus miembros que se destaquen intelectual, técnica, profesional o políticamente, sino por el contrario y al igual que en la profesión militar, solo unos pocos estudiosos logran sobresalir y son el centro de la atención nacional; el resto modestamente y en la medida de sus capacidades, no demeritan su profesión, sino por el contrario laboran callada y honradamente aportando su esfuerzo para el cumplimiento de una misión propuesta.

---

Teniente Coronel  
FABIO A. BEDOYA MORALES

Oficial de Caballería.  
Egresado de la Escuela Militar de Cadetes en el año de 1955.

Ha prestado sus servicios en la Escuela de Caballería y en todas las Unidades Tácticas del Arma, Canciller del Ejército, Segundo Comandante de la Fuerza de Tarea Rondón, Comandante del Batallón de Mantenimiento y en la actualidad Comandante del Grupo de Caballería Mecanizado N° 1 "General Rincón".

Diplomado en Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra de Colombia y en Ford Gulick; Zona del Canal.

En un país como el nuestro que hace 25 años se ha debatido en una continua zozobra, en el que la mayoría del pueblo, incluido en él su Ejército, ha logrado mantener la normalidad luchando a capa y espada contra los focos subversivos que tratan de infiltrar doctrinas extrañas y nocivas. Su oficialidad ha puesto en práctica las tácticas más recientes de la guerra irregular, motivo este que ha servido para foguear y demostrar a todo el mundo que es uno de los Ejércitos más experimentados en esta clase de lucha. Pero a la vez esta situación anormal se ha prestado para que el Oficial se dedique casi por entero al combate contra los violentos, restándole oportunidades para la preparación intelectual en otros campos.

Como lógica consecuencia estas circunstancias han ocasionado perjuicios para la preparación de sus hombres dando margen para que se olviden muchas obligaciones del superior en cuanto a la orientación y educación de sus tropas. De informes recogidos en distintos sitios y personas dedicadas a la observación del comportamiento de la sociedad hemos sacado las siguientes conclusiones: De su paso por el Ejército, considerable número de jóvenes regresan a sus familias dotados de un sentido moral decreciente, de un desdén hacia la vida sencilla y laboriosa. Si tal resultado presenta hoy extrema gravedad por el abandono del campo por parte del labriego y del taller por parte del artesano, qué será mañana cuando aumente el número de

reservistas?, afrontaremos entonces un doloroso y terrible problema.

De donde procederá pues esta contradicción aparente? De que el Oficial poco o nada conoce a sus hombres y le interesan poco o nada.

Todo contribuye a apartarlo de ellos. Si por una parte jamás fue tan grande la importancia de conocer la propia tropa, de interesarse en ella, de marcarla con un sello perdurable, por otra, jamás ha sido tan difícil hacerlo como ahora: los continuos movimientos a que se permite el personal por las exigencias propias del servicio, el continuo cambio de comandos, la necesidad de desplazamientos de tropas para atender contingencias de orden público. Es difícil mantener una continuidad en el mando; no se puede llevar a cabo el programa ideal que consiste en que: desde que el hombre ingresa como recluta, hasta el día en que es licenciado, realiza toda su instrucción y es empleado en diferentes misiones bajo un mismo Comando, procurando que el Capitán que les da la bienvenida le corresponda despedirlos al salir licenciados.

### **La Acción Social del Oficial**

En qué consistirá? No representará otra cosa que una utopía generosa, una ilusión seductora? En qué forma práctica podrá ejercerse?

Me parece oír los fáciles gracejos sobre la transformación del Oficial en apóstol que predica a los hombres el amor y la paz, en lugar de

enseñarles el tiro, el orden cerrado y la equitación. No se trata, es preciso decirlo, de nada semejante; esa acción no se ejerce por medio de discursos ni de conferencias: resulta simplemente de un estado de espíritu, que los Oficiales se convenzan de su deber social, que sea esa su preocupación constante en el ejercicio de su profesión.

No se trata desde ningún punto de vista de una noción nueva, muchos Oficiales han sabido entender en esta forma su función y en realidad ellos suministran la prueba del bien que podría hacerse, si sus experiencias individuales convergiesen a una doctrina general, enunciada como regla y colocada en la base de toda educación militar.

Tener la tropa más entrenada, los vehículos mejor mantenidos, el alojamiento mejor presentado, los caballos más adiestrados y como premio la mejor nota del inspector y el primer puesto en la promoción, no puede ser la última palabra de nuestras ambiciones profesionales. Es necesario conocer más a fondo a los hombres que la patria pone bajo nuestra responsabilidad, adiestrarlos y entrenarlos, enseñarles y educarlos. Es necesario conocer su carácter, su personalidad, su moral, sus orígenes, el medio donde se han formado y tantos otros elementos cuyo conocimiento pueden dar la clave de caracteres tan difíciles de penetrar y cuya prueba en la acción puede facilitar tanto su desarrollo.

En ocasiones se ha sacado de la corteza todo cuanto puede adaptarse al

oficio; pero en lo tocante a la sabia capaz de dar la vida al mecanismo así dirigido, no se ha llegado a ella. Se estudia cuidadosamente el equipo: el cañón, el vehículo, el fusil, el caballo y lo menos posible al soldado, sin el cual empero no puede funcionar el equipo. Tanto es así, que por ejemplo, importa más conocer mejor los caballos que los hombres; podríamos citar a jóvenes Oficiales que se jactan de conocer a fondo los 35 caballos que están a su cargo, sus orígenes, su carácter y temperamento, pero en cambio a sus hombres les desconocen hasta sus nombres; es un género de memoria que no tienen con frecuencia.

Los Soldados son tímidos y desconfiados; la cordialidad les anima a manifestarse espontáneamente; la brusquedad les hace herméticos. Están predispuestos a la estimación, basta haberse mezclado más íntimamente por las fuerzas de las circunstancias con estos bravos en los sitios de peligro, en las marchas y en el vivac, para saber qué capacidad de devoción hay en ellos; de qué afectuosa solicitud rodean al Comandante que ha ganado su confianza, qué gratitud le manifiestan, no solamente con palabras, si le ven compartir sus privaciones y fatigas.

Qué noble y productiva la función del Oficial en este aspecto nuevo de agente social, llamado por la confianza de la patria a preparar tanto para la lucha el brazo del ciudadano, como a disciplinar su espíritu, a formar su alma, a temperar su corazón, esto lejos

de disminuir la importancia de su misión y de su obra, le elevan en las mayores proporciones y lo ponen ante los ojos de todo el pueblo como un benefactor, lo hacen casi más grande en la paz que en la guerra y ponen a su actividad el objeto más digno de estímulo. Admitimos así el carácter y la necesidad de esta acción social, pero cómo hacer penetrar su noción en el cuerpo de Oficiales? Al parecer más bien por la base que por el vértice: por una acción de conjunto sobre los futuros Oficiales en las escuelas militares y educando a los actuales Oficiales más bien que procurando hacer procélitos entre ellos.

El oficial debe ser ante todo un hombre convencido y persuasivo, en una palabra, apóstol dotado en grado sumo de la facultad de prender el "fuego sagrado" en las almas jóvenes: estas almas de 18 años dispuestas a recibir impresiones profundas y a quienes una chispa puede inflamar para toda la vida, pero a las cuales el escepticismo de los primeros jefes que encuentren puede enfriar también para siempre. Es un hecho comprobado en el Ejército que el Oficial guarda toda la vida la impresión indeleble de sus primeros instructores de la escuela y que se reconocen a través de los grados las generaciones formadas por tal o cual instructor.

A las nuevas generaciones de Oficiales que están por llegar egresados de ese claustro alma mater de toda la oficialidad Colombiana, tenemos que enseñarles que a la obligación legal del

servicio militar del Soldado, corresponde la obligación moral de hacerle producir las más saludables consecuencias desde el punto de vista social. Ciertamente la guerra es un mal terrible, pero mientras los sucesos y una situación que ninguno de nosotros piensa en repudiar, nos ordene mantenernos constantemente preparados bajo la moderna forma del servicio universal, lo esencial consiste en obtener de ese mal el mayor bien posible.

Debemos hacer ver a los futuros Oficiales que si han puesto su ideal en una carrera de guerra y aventuras, no es entre nosotros donde pueden realizarla; ya no lo encontrarán más, no obstante que nuestra mayor preocupación es prepararnos para la guerra. Destruyamos sus ilusiones antes de las decepciones tardías. Debemos en cambio darles esta fecunda concepción de la función moderna del Oficial que se convierte en educador de la nación entera. Entusiasmemos a los jóvenes actualmente bajo nuestras órdenes, en esta hora propicia en que, mirando a la vida se proponen en ella objetivos y sueños. Hagámosles ver en el servicio obligatorio no una calamidad brutal, sino el más basto campo de acción social. Inculquémosles que la obligación del servicio militar, en lugar de presentarse como un paro o escollo de su vida, debe convertirse en el complemento saludable de toda educación.

Un ideal para todos los militares de profesión sería que compartiéramos nuestra convicción respecto de algunos

puntos que resumiendo podemos sintetizarlos así:

1) El servicio militar obligatorio, estrictamente aplicado al hacer pasar toda la nación por las manos del Oficial, engrandecería en la mayor medida su función de educador.

2) La preparación del cuerpo de Oficiales para esta función, su formación moral, interesan consecuentemente a la sociedad entera.

3) Dicho cuerpo por su selección, por su cultura y por sus capacidades es perfectamente apto para cumplir esta función.

Estas ideas son urgentes de difundir, e impregnar de ellas a las futuras promociones, para que participen con la amplitud que les corresponde en el movimiento general que lleva a la juventud a comprender mejor la función social reservada a su actividad en la evolución de la sociedad moderna.



# CASA OLIMPICA

AL SERVICIO DEL DEPORTE COLOMBIANO

ATENDEMOS SUS PEDIDOS DE CUALQUIER PARTE DEL PAIS

Calle 17 No. 6-12 - Teléfonos: 414451 - 345051 / 53 - Telégrafo "Olimpica" Bogotá, D. E.